

Günter Wallraff

# Con los perdedores del mejor de los mundos

Expediciones al interior de Alemania

Traducción de Daniel Najmías



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
Aus der schönen neuen Welt  
© Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co.  
Colonia, 2009

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* Günter Wallraff. Fotos © David Klammer, arriba izquierda,  
y Thomas Rabsch

*Primera edición: septiembre 2010*

© De la traducción, Daniel Najmías, 2010  
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2010  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2590-9  
Depósito Legal: B. 32228-2010

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

## NEGRO SOBRE BLANCO

Un extraño entre alemanes

Principescos son los jardines junto a los que hemos de pasar. El capitán de la barca, un tipo cachas, nos recibe en toscó dialecto sajón: «Les doy la más cordial bienvenida a bordo de mi barca. Durante el paseo rodearemos la parte principal del parque de Wörlitz, en concreto, los jardines del palacio.»

Soy un pasajero que se ha presentado a tiempo y he sido uno de los primeros en ocupar su asiento en la barca de remos, pequeña y plana y con bancos por doquier. Me siento en la parte trasera, a mi lado todo está libre aunque en el bote hay cada vez más gente. Uno de los pasajeros, un hombre de mi edad que a primera vista no parece antipático –tipo profesor de instituto, de física y matemáticas–, se arrima con cuidado desliziándose por el banco, me mira y me pide algo como si yo fuera el camarero: «Dos cervezas.» Como no reacciono, repite: «Dos cervezas, por favor.»

¿Cómo se le ha ocurrido? No llevo delantal ni botellas de cerveza en la mano, ni vasos, ni un paño para la vajilla; ni siquiera estoy de pie, sino sentado, como él, y allí no hay servicio de bar ni restaurante.

–¿No es del servicio? *Nix service?* –insiste.

–No –contesto–. *Nix service.* –Y de momento me deja en paz.

Sin embargo, el hecho de que yo, con una sonrisa, le haya frustrado los planes, no me hace más simpático a sus ojos. En todo caso, el señor, delgado y canoso, mantiene la distancia, aunque vamos cada vez más apretujados. El patrón de la barca pide a los pasajeros que hagan el favor de avanzar, pero el hombre objetiva: «Si queremos, ésa es la cuestión. Al fin y al cabo, quiero disfrutar de este paseo», dice con aspereza. Pero el capitán no tolera excusas y vuelve a pedirlo. Y finalmente el precavido no tiene más remedio que sentarse a mi lado –«muévete un poquito»– bajo las miradas entre compasivas y divertidas de los demás.

Debe de ser por mi aspecto. Soy negro. Llevo una peluca crespa y negra, pero, y esto es algo que ya me había desconcertado durante mis investigaciones para el papel del turco Alí,<sup>\*</sup> casi nadie mira de cerca y le quita a uno el disfraz, ni siquiera cuando uno sólo chapurrea alemán como «Alí» o se hace pasar por «negro».

Durante un año entero emprendo así, disfrazado de negro, un viaje por toda Alemania, tanto por el este como por el oeste. Quiero ser uno más en las fiestas callejeras, busco piso, hago una excursión en barca, intento –con mi «familia negra»– alquilar una plaza para la caravana en un camping, entrar en discotecas y bares, me mezclo entre hinchas de fútbol y me persiono ante diversas autoridades.

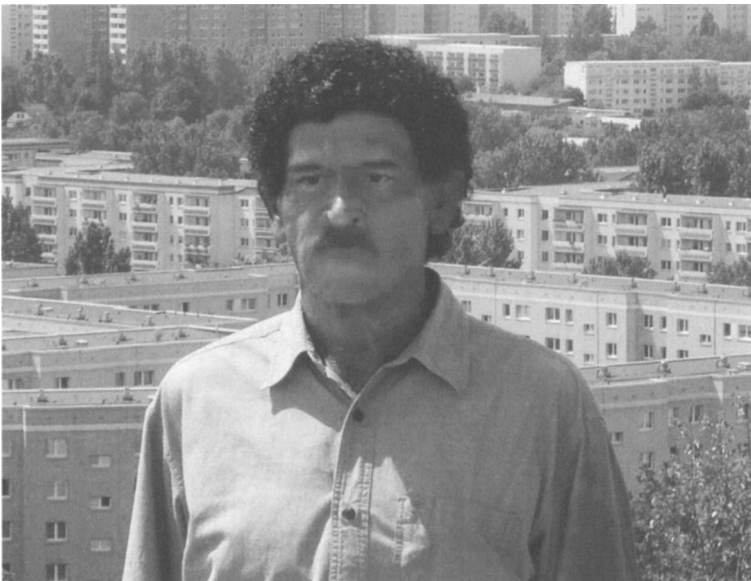
¿Cómo se vive en Alemania si uno es negro? Eso es lo que quiero averiguar.

¿Sigue siendo sólo un tópico la idea del carácter incorregiblemente xenófobo del alemán? ¿Conocerá mi álter ego negro la Alemania tolerante que tanto se alabó hace apenas unos años, cuando se celebró el Mundial de Fútbol 2006? ¿O al revés? ¿Descubriré que la imagen del coco, tan cuidada por la prensa sensacionalista, el estereotipo del negro que trafica con

\* Referencia al papel del inmigrante que el autor «interpretó» en su libro *Cabeza de turco. (N. del T.)*

drogas, el tramposo solicitante de asilo, el delincuente, es la que prima en los sentimientos del país? Quiero, una vez más, hacer la prueba del tornasol; en una palabra, ver cómo está el patio, y siento preocupación y curiosidad a la vez.

Interpretar este papel no ha sido el resultado de un capricho momentáneo. Hace años ya hice un primer intento, pero abandoné el proyecto porque creía que se me escaparía de las manos. No porque el papel fuese una insolencia para con emigrantes negros o alemanes negros. En cierto modo, cada uno de mis papeles es una impertinencia. Mis investigaciones serían imposibles sin ese paso en terreno «extranjero», sin dominar al propio yo para ser otro. No, si vacilé fue porque temía que me «desenmascarasen» demasiado pronto.



Además, si un blanco quiere transformarse en negro se enfrenta a un problema muy concreto. El maquillaje teatral no basta; hay que emplear algo más eficaz. Un hombre con mucha

práctica en ese terreno fue John Howard Griffin. En 1959 viajó un mes entero por los Estados Unidos tiznado de negro y narró sus deprimentes experiencias en el libro *Black Like Me*. Griffin murió demasiado pronto porque los medicamentos que tomaba regularmente para oscurecer la piel de manera permanente le afectaron el hígado y desencadenaron enfermedades graves.

También los dichos racistas de los políticos mantuvieron vivo mi deseo de interpretar el papel de negro; por ejemplo, cuando Edmund Stoiber, ex presidente de Baviera, advirtió contra los peligros del «cruce de razas y la mezcla» del pueblo alemán, o cuando Ronald Schill, ex senador de Interior de Hamburgo, «el juez despiadado», dijo: «De mí todos los negros siempre han recibido algo más»<sup>1</sup> (léase, una pena más alta que la que impongo a los delincuentes blancos). O la visión racista del mundo de Wolf Schneider, el mismo que durante más de veinte años dirigió en Hamburgo la escuela de periodismo más importante de Alemania: «Los negros no son ni de lejos tan inteligentes como los blancos porque los educaron para que sólo emplearan la fuerza física. Si es tan evidente que el Creador quiso hacer a los hombres distintos por fuera, en el color de la piel, la longitud de las piernas, la forma de los ojos, ¿por qué iba a medir la inteligencia en una balanza para pesar oro?»<sup>2</sup> Esa clase de declaraciones reforzaron mi deseo de vivir en mis propias carnes la manera en que el racismo fomentado desde arriba se manifiesta en la vida cotidiana.

Después, hace un tiempo ya, conocí a una diseñadora de máscaras, de París, que utiliza un aerosol especial con el que es posible «cambiar el color» de los blancos, reteñirlos de tal modo que hasta cierto punto parezcan negros «reales». Por fin podía llevar a la práctica el plan tanto tiempo acariciado. Paralelamente a mi investigación surgió un documental.<sup>3</sup> El equipo me acompañó en casi todas las estaciones de mi viaje, llevando, como yo, micrófonos y cámaras ocultas en miniatura.

Pero volvamos a Wörlitz. La barca se desliza y recorre los numerosos canales; a veces se acerca a la orilla, y una pasajera aprovecha la ocasión para coger un helecho y ponérselo en el regazo. Cuando nuestro remero vuelve a acercarse a la orilla hasta rozarla casi, yo también estiro la mano con cuidado. Hay ortigas, y bajo la atenta mirada de los pasajeros sentados a mi lado, abro la mano y me dispongo a cogerlas. Me observan fascinados y con una mirada francamente voluptuosa; nadie considera necesario advertirme.

La barca sigue su rumbo con indolencia, yo estiro la mano muy despacio y saco una planta. A mi alrededor, asombro general; los maliciosos, cuyas miradas he podido estudiar tranquilamente, están un poco decepcionados: no ven espanto en mí, no oyen chillidos. Sacudo la mano con mucho aspaviento, para que me vean bien, como si me sorprendiera que esa planta pique tanto. Una de las mujeres aprovecha la ocasión para presumir de protectora de la flora alemana y me reprende: «¡Eso aquí no se hace! Nosotros no arrancamos nada, imagínese lo feo que estaría esto si todo el mundo lo hiciera.» Y después me explica: «Eso es una ortiga, también se puede usar para curar el reuma.» Y nadie le dice nada a la mujer que antes ha cogido el helecho.

El paseo en barca continúa. Nuestro capitán, el remero, que ya está sudando, pone manos a la obra y empieza a explicarnos las intrincadas relaciones de la familia del príncipe: «Al príncipe Francisco lo obligaron entonces a casarse por orden del rey de Prusia, aunque quería a otra. Quería ser inglés [...] Pero el rey dispuso que se quedara en su país y siguiera gobernando y se casara con la prima. Bueno, pensó el príncipe, quédate con el menor de los males y cástate con la prima del rey.»

—Pero eso está prohibido —digo yo, que no consigo morderme la lengua, y los pasajeros me escuchan divertidos—. Pero eso es... ¿cómo se dice?, un matrimonio amañado, o forzoso, ¡algo por el estilo!